

Reimaginar el mundo.

El feminismo como práctica del alma en Marta Cecilia Vélez

Flora Uribe

Feminista, artista, florauribe@gmail.com

Abordar la complejidad del pensamiento desarrollado por Marta Cecilia Vélez Saldarriaga en los diversos campos en los que se sumergió a lo largo de su vida, es encontrarnos con un calidoscopio pleno de imágenes, movimientos, figuras, colores, luces y sombras. Una de las cosas que más sorprende en ese acercamiento, es que en esa diversa complejidad vemos una coherencia y un hilo que se desenvuelve de manera rica, divergente, paradójica y nueva. En esa coherencia hay al mismo tiempo una totalidad que no es monolítica ni férrea, sino, por el contrario, conviven totalidad, coherencia, paradoja y multiplicidad. Así abordaba Marta el accionar del ser humano en el mundo.

En el marco de la presentación de los tres libros *Los hijos de la Gran Diosa*, *Virgenes Energúmenas* y *El errar del padre*, reeditados por la Editorial de la U. de A., y de su nuevo libro *Creer Llorando, feminismo, poder e imaginación*; me gustaría esbozar un aspecto en particular: **el hilo continuo desarrollado por Marta y que une su pensamiento feminista, su acercamiento de la psique femenina, y del deseo de la mujer**. Todo este corpus de pensamiento presenta, desde sus inicios, un análisis de los hechos desde las raíces ontológicas del ser mujer. Desde el principio, Marta esbozaba una ontología y un reimaginar, recrear el ser femenino. Señalo que es solo un esbozo porque es una tarea enorme la que implica analizar a profundidad esta hipótesis.

Cuando leemos sus primeras publicaciones en la revista *Brujas: las mujeres escriben*, en la década de los ochenta, vemos que escribe ensayos sobre el movimiento feminista de entonces, las

luchas de las mujeres en Colombia y el mundo, y a su vez encontramos escritos, publicados bajo seudónimos, de corte más íntimo, personal; escritos desgarradores en donde con una prosa poética y aventurada se refiere a temas como su cuerpo, su deseo y su relación con lo femenino.

El afuera y el adentro convivían en su escritura de manera dolorosa, fecunda y subversiva. Allí, encarnaba de una manera total las contradicciones, las vicisitudes y las alegrías como mujer, y al mismo tiempo enfrentaba los análisis más sesudos y políticos del momento social e histórico que vivía. Asumió como suya la consigna fundante del feminismo radical de los años 70: Lo personal es político. En esas primeras publicaciones, cuando aún no contaba los 30 años, vemos la matriz originaria de lo que sería su desarrollo posterior, un abordaje crítico, feroz, profundo, psicológico, de todos los temas humanos que la conmovieron.

Podemos recordar y aún ver hoy en un video de la época en un Encuentro Feminista Latinoamericano en 1987, a una Marta jovencísima y apasionada diciendo: “¿Qué veo ahora, en este momento? Que una cosa es el feminismo hecho vida, o sea, hecho autoconciencia: ¿dónde reproduzco yo en mis amores, en mi cuerpo, en mis actitudes, el capital, el patriarcado, la colonización? ¿Todo esto se perdió, por qué? Por ir a llevar conciencia a las mujeres. Aquí se dice todo el tiempo: hay que **bajar** a los sectores populares, yo pienso que, si tenemos que bajar a alguna parte, es al **interior** de nosotras mismas”. Ya desde esos tiempos abordaba las problemáticas sociales de las mujeres desde el centro mismo de la psique. Reconocía que el

patriarcado cruzaba el cuerpo, la palabra, la psique y el deseo de la mujer, y que todas las luchas, para ser liberadoras y emancipadoras, deberían pasar por las profundidades y la autocrítica del ser, del hacer de la mujer dentro de un sistema patriarcal milenario.

Pesquisaba las raíces de la opresión y sumisión de las mujeres en lo más originario de esta condición: en el cuerpo mismo de las mujeres, apropiado, despojado por los varones. No se limitaba a defender los derechos reproductivos, el aborto y la anticoncepción; batallas necesarias. Iba mucho más allá para desentrañar los fundamentos mismos de esta esclavitud moderna y secular de las mujeres. Esa era una de sus características: no podía limitarse a la superficie de los fenómenos, debía ir a los cimientos mismos de la opresión, por ello, años más tarde, cuando descubrió el pensamiento de Carl Gustav Jung, se abre una veta maravillosa para entender la complejidad y hondura de la psique humana, mediante los mitos, los símbolos, los rituales y los arquetipos.

De ahí que la pensadora que vemos en sus últimas décadas es “una buscadora”, como a ella le gustaba definirse, “una investigadora de las fundaciones simbólicas del patriarcado, tanto a nivel de los mitos como de la literatura”, especialmente aquella escrita por mujeres. Era entonces, una investigadora de la colonización de los símbolos que el patriarcado ha erigido y en donde se concretan la alienación y la exclusión de las mujeres desde tiempos inmemoriales hasta hoy. Vemos entonces que su feminismo no puede separarse de su concepción profunda de la psique humana, por eso la oíríamos decir que “el feminismo es una práctica del alma, un ejercicio del alma en donde se trata de develar aquellos asuntos que las mujeres hemos interiorizado”, de ahí que su feminismo siempre fue muy reflexivo, muy interior, en el que se cuestionaban las construcciones del patriarcado en los comportamientos, en la vida cotidiana, los pensamientos, amores y desamores de las mujeres.

En los libros presentados aquí hay, pues, un hilo, un desarrollo de este pensamiento total, integral de la psique femenina, los símbolos del patriarcado, de la sustitución que hizo del mundo originario de las diosas, y que, de una manera histórica conecta hoy con las luchas modernas de las mujeres.

Es en *Las Virgenes energúmenas*, donde ella aborda de una forma creativa e innovadora el deseo de la mujer, el deseo de la **mujer por saber**, la subversión que significa el deseo de la mujer en el entramado de dominación patriarcal. Marta Cecilia Vélez desarrolla en este texto una nueva hermenéutica de los mitos egipcios, babilónicos y griegos, encarando a grandes diosas como Isis, Inanna, Perséfone y trágicas como Casandra, Medea, y Antígona, para mostrarnos la riqueza y potencia de estos mitos, cómo fueron desprovistos de su contenido por la mirada masculina, y con gran sensibilidad y rigurosidad analítica reinterpreta, deconstruye y construye esos contenidos, descubriendo restos de un lenguaje, de una simbología que nombraba lo primigenio de las mujeres, su visión y forma de vivir el mundo, ofreciéndonos una nueva manera de aproximarnos a aquellas, nuestras ancestras originarias.

Dice ella: “este recorrido que iniciamos por el laberinto imaginario en el que reconocemos que, simbólica e históricamente, ha existido una voluntad de ocultar el deseo, no para reconocerlo seductor, enigmático, sino para castigarlo, someterlo, domar su irreverencia”. Irreverente es el deseo de la mujer, de allí su acallamiento.

Sin detenerse en discusiones interminables sobre qué desea la mujer, qué significa su deseo, en cuál de las categorías patológicas se ha inscrito, ella se libera de esas ataduras y emprende un viaje imaginario, imágenes primordiales del deseo de la mujer; movimiento y fuerza. Viaje, oscilación hacia el pasado que tuvo y traslación hacia el futuro que tiene. Afirma: “el deseo de la mujer fue fundamento esencial para la construcción libertaria de la humanidad y se reveló saber e iniciación a los humanos”.

Al aproximarnos a estos mitos fundacionales que nombran lo femenino, Marta nos inscribe en la proto historia, en los orígenes mismos de lo humano. Isis, Inanna, Antígona nos conducen hacia ese mundo que Marta resignifica y recrea para que las mujeres (*Y hombres en búsqueda de su femenino...*) reconozcamos nuestro potencial en el mundo simbólico, reencuentro con nuestra psique, con nuestra interioridad.

Este recorrido por el mapa imaginario de los mitos nos permite adentrarnos en el deseo de lo femenino que Marta nombra sin ambages:

el deseo de la mujer es el deseo de saber. Un trayecto que es siempre Eros, deseo, saber. De su mano conocemos las diosas primordiales y fundacionales, vemos sus periplos por conocer, por entender, intuir, elementos que los mitos patriarcales, desde tiempos pretéritos, han señalado como pecado, como *hybris*, padeciendo una cultura de la culpa en Occidente, donde la mujer es la base de todo mal. Podemos ver aquí Evas y Pandoras, desde otra mirada.

Hay, entonces, posibilidades de unir, reconstruir el cuerpo, hablar el deseo, imaginar la lengua, crear símbolos y rituales, emerger por fin del racionalismo, la técnica, la lógica férrea de la construcción patriarcal, en donde han permanecido acalladas, enclaustradas, inmóviles. Restituir la vitalidad de las imágenes de los mitos de las diosas, imágenes que se han solidificado en nuestra psique y que afortunadamente perviven, y que hoy las mujeres rescatan con creatividad, coraje y alegría.

A propósito de la fuerza y pervivencia de lo femenino, recordemos estas palabras de Marta en una entrevista en 2012: “Estoy convencida de que no hemos sido completamente colonizadas, y el hecho de no haberlo sido, es lo que nos ha permitido sobrevivir a un proyecto de muerte, claramente de muerte, y de destrucción de lo femenino”.

La escritura de *Las Vírgenes Energúmenas* es creativa, poética, y a la vez, rigurosa, consulta fuentes eruditas que muestran un estudio serio de los mitos y de las tragedias. En tanto discurso interior, en donde la autora no se separa de su pesquisa, en donde toda ella se vierte en la escritura, en ese “recorrido del alma” como ella lo nombra, Marta debe entonces por momentos escribir en primera persona, es, en consecuencia, una escritura personal, honda y reflexiva.

El inconsciente colectivo presenta en este libro una preponderancia sobre el inconsciente individual. A través de este recorrido por las diosas, las trágicas, por aquellas que precedieron a las brujas; las pánicas y las histéricas, Marta plantea una interpretación nueva, una hermenéutica alterna que propone a lo femenino, al deseo de lo femenino, un nuevo significante, pleno de vida, y posibilita una salida del ostracismo. Para ello, recurre al saber colectivo que resignifica y enriquece el contenido simbólico y total de los

mitos, escapando del estrechamiento de una visión personal e individual empobrecida.

Este es un texto indispensable para re imaginar lo femenino y vislumbrar un mundo posible, más vital y creativo, un camino para descubrir maneras diferentes de ser y de estar, otras formas de vivir, de relacionarnos con la naturaleza y con los demás seres vivos. Salir de la parálisis, de la muerte y la guerra como únicas sendas, hacer otras lecturas, plasmar otras imágenes, otros símbolos que expresen el deseo de lo femenino en su habitar en el mundo.

Al brindarnos esta cercanía, este descubrimiento, nos sentimos maravilladas y acompañadas, no somos las huérfanas en un mundo en donde nada nos ha nombrado, las encontramos a ellas: Isis, Perséfone, Antígona, las que nos nombraron, nos relataron, nos dibujaron... Las reconocemos fuertes, lúcidas, sabias, ellas, antaño derrotadas.

Y hoy, en Medellín, vemos mujeres jóvenes, entusiastas, lectoras que encuentran en esta reinterpretación de los mitos una historia para continuar las suyas.■

